

La remadora

Natalia Monsegur

El mundo, después de un temporal, parece nuevo y limpio. A punto de renacer, como si comenzara una primavera fuera de tiempo. Los ríos se vuelven anchos, bien alimentados, como gordos brazos llenos de azúcar. La abuela, entonces, se subió a la barca y comenzó a remar. Remó entre sauces llorones, camalotes y las porquerías que había traído el viento. Baldes, botellas, pedazos de madera, ropita flotando. La corriente le iba en contra, porque el agua comenzaba a bajar. De a poco. Volvería todo a su altura normal en dos días más. Pero eso la abuela no lo sabía. Y aunque lo hubiese sabido, tampoco hubiese esperado.

Avanzaba despacio. Con sus ochenta años y la fuerza de la bajante era difícil. A veces se le enredaba algún junco en el remo y se detenía para quitarlo. Retrocedía en esos momentos. La corriente la empujaba de vuelta a su casa, y le resultaba cada vez más difícil ganar la distancia perdida. No era una opción regresar. Ya había remado un buen trecho. Por suerte había dejado de llover de madrugada y cuando se despertó temprano, ya el cielo se había despejado y el sur había parado de soplar. Desayunó e hizo un pequeño bolso con provisiones. Alimentó a los perros y subió a la barca.

Para no perder la calma, la abuela cantó:

La luna me acompaña en el río
y aunque yo no sé si mañana te veré
la luna me acompaña en el río.

El río alimenta mis olivos
la luna alimenta mis sueños
tus brazos alimentan mi futuro.

La luna... la luna es blanca y te escucha
yo la llamé de noche y la llamé de día
la luna me escucha cuando le digo.

La luna me acompaña en el río
y aunque yo no sé si mañana te veré
le pido igual a la luna
para que me lleve cerca de ti.

Y cuando terminó de cantarla, la volvió a cantar otra vez. Y cuando terminó de cantarla, la entonó de nuevo. Y así se pasó largo rato remando y cantando entre las islas del río Paraná y los juncos, viendo lo que había destruido la tormenta y lo que permanecía de pie. Le pareció de mal gusto lo que restaba sano y salvo. Le pareció una desfachatez mostrarse así en el mundo tan limpio tan verde sin tener en cuenta lo que se había perdido.

Miró sus piernas delgadas y llenas de arrugas largas y profundas. Igual estaban sus brazos, aunque bronceados por el sol. Hacía tiempo que no se veía en el espejo, pero él le decía que era hermosa. Ochenta años y hermosa era mucho. Incluso cuando se miraban y se recorrían, él la besaba con amor. Y con humor también. Todo el tiempo le preguntaba si vivía, si era ella una novia fantasma, o si acaso estaba segura de que él no estaba muerto. ¿Muertos? Si eso era la muerte, entonces qué maravilla.

Remaba y eso parecía muy real, igual a cuántas veces lo había hecho antes, aunque ahora costara un poquito más. Vivir para remar. Remar para vivirlo. Vio un árbol que la tormenta había arrancado de raíz pasar flotando a su lado. Si alguien lo agarrara, seguro que volvería a crecer. Lo empujó con un remo hacia la orilla, para que se frenara con el mismo suelo. Él siempre se asombraba de su habilidad con los remos. Él era un hombre de tierra. Sólo en el último tiempo había decidido venirse a vivir cerca, pero no había logrado un buen manejo del

bote. Cuando comparaba la vida en la ciudad con la vida en el río decía “aquí no hay locos del cemento, hay locos por el viento. De esos que se vuelven locos por las sudestadas. Son los peligros de este lugar”.

A medida que se adentraba más en el canal, se hacía más difícil el remo. El caudal de agua era mayor, como si todos los ríos del país se hubiesen empeinado todos juntos en llegar al mar. El agua tapaba terrenos, y familias enteras esperaban en sus botes a que bajase. Algunos cadáveres de perros pasaron flotando río abajo. Las palometas, seguramente, se harían un festín.

¿Y si llegaba a la casa y lo encontraba ahogado?

¿Y si llegaba y no estaba?

¿Y si llegaba y no quería que lo hubiese ido a buscar?

¿Y si llegaba y no la quería más?

¿Y si llegaba y la quería por siempre?

¿Aunque siempre fuera poquito tiempo?

Recordó. Era bueno vivir cerca del agua para recordar. El río tiene ese efecto. Trae rápido los recuerdos y se los lleva así de rápido también. Su abuela había venido de Ucrania en un barco. No hablaba ni una palabra de español y se fue a vivir con otra gente cerca del Tigre. Era zona salvaje, llena de pumas en su momento. Ahora sólo quedaban las historias de aquellos tiempos. Cuando supo que iba a morir, su abuela se tiró al agua. Se la llevó el río, se abrió paso por el mar, cruzó el océano y volvió a su tierra. Ahora era abono en los mares. Cuando sucedió ella tenía diez años y vio todo. La vio salir de la casa, caminar por el jardín, subir al muelle y tirarse. Serían las tres de la mañana y ella tampoco había podido dormir. Cuando a su padre le llegó el momento, hizo lo mismo. Dijo: mañana voy a ir en busca de mamá. Y todos le dieron un beso de despedida.

La luna me acompaña en el río

y aunque yo no sé si mañana te veré

la luna me acompaña en el río.

El río alimenta mis olivos

la luna alimenta mis sueños

tus brazos alimentan mi futuro.

La luna...la luna es blanca y te escucha

yo la llamé de noche y la llamé de día

la luna me escucha cuando le digo.

La luna me acompaña en el río

y aunque yo no sé si mañana te veré

le pido igual a la luna

para que me lleve cerca de ti.

La abuela ató el bote en el muelle y subió despacio las escaleras. Miró el sauce y el jardín lleno de charcos de agua. Caminó entre sapos que saltaban para esconderse. Llegó hasta la puerta. Vio que todo estaba mojado dentro. Las cosas acomodadas en torres, unas sobre otras. La televisión sobre la caja de los discos, la caja de los discos sobre el aparador de la vajilla, el baúl aparador sobre el sofá.

-Osvaldo...

Una canilla goteaba.

-Osvaldo...

La ventana chirriaba. La había dejado abierta.

-Osvaldo...

Entró en la habitación y lo vio recostado en la cama. Se acercó con cuidado. Las sábanas mojadas, los libros mojados. Papeles por el piso empapados que no ya no definían lo que tenía escrito. Le tocó el hombro. Más fuerte.

-Osvaldo.

Recordó que sus abuelos también se habían conocido en el río. Recordó que sus padres se habían conocido en el río. Lo tiró al piso y lo arrastró muy despacito por la habitación. Pesaba como toneladas de harina. Lo siguió arrastrando por el jardín. Se llevó con él pedacitos de tierra. Lo bajó por los escalones del muelle. Tuc, la cabeza, tuc, las palabras. Lo metió en el bote y remó a favor de la corriente hasta que llegó a la desembocadura. Ahí lo tiró. Ahora él tendría que llegar solo a tierra firme.